

Que el raptor no es el Duque. He escuchado
 Del que os condujo aquí la historia entera,
 Y con el raptor mismo he conversado,
 Desentrañando su intención artera.
 Esta es la habitación del libertino
 Y aquí debe venir. ¡Tiene paciencia
 Para gozar de ese placer divino
 De aspirar poco á poco la inocencia!
 Mas el juicio de Dios ya se revela
 Libertando á los justos que se oprimen,
 Dios colocóme aquí de centinela
 Para evitar el crimen con el crimen.
 Pero ni una palabra, ni una queja
 Que traicione el intento de mi pecho.
 ¿Quién aquí á la virtud piensas proteja
 Si es la fuerza del crimen el derecho?

Juana.

Daré al pueblo inmediato la noticia
 Y vendrán de nosotros en auxilio.

Enriqueta.

Parecerá muy leve á la justicia
 Para allanar de un rico el domicilio,
 Y tendrás por respuesta una sonrisa
 Y envidia al pecador por el pecado
 Y el honor entretanto de mi Luisa
 Será por el infame mancillado.

Las leyes no conocen para la honra
 Reparación completa y merecida.
 Quien evitar quisiere la deshonra
 Entregar ó quitar debe la vida.

Juana.

Vuestro dolor, Señora, os ha exaltado.
 Procurad manteneros con más calma.

Enriqueta.

Si para esto mi cuerpo he disfrazado
 Procuro enmascarar también mi alma.
 Si la honra de Luisa te interesa
 Procura un vestido en cualquier parte.
 No podrás ayudarme en esta empresa
 Sin tener la careta y disfrazarte.
 Buscar puedes así por los salones,
 Sin que seas por nadie descubierta,
 A nuestra Luisa. Estas habitaciones
 Recorreré entretanto, estaré alerta.

Escena VII.

Duque y Luisa.

Duque.

Ya de importunos libres, un momento
 Siéntate y conversemos, Luisa mía.

Luisa.

¿Por qué Juana no viene?

Duque.
En el convento
Sin duda algún quehacer la detendría.

Luisa.
¡Irse sin avisarme! ¡Es muy extraño!

Duque.
El caso era sin duda muy urgente.

Luisa.
Mas ¿no hay temor que sufra ningún daño?

Duque.
El convento está cerca, y buena gente
La acompaña te he dicho. De otra cosa
Hablemos te lo ruego.

Luisa.
En el coche
El camino fué corto.

Duque.
Niña hermosa,
Cambia conversación.

Luisa.
Pero es de noche
Y el camino quizá no es muy seguro.
Déjame que me asome á la ventana.

Duque.
¡Oh! No tengas cuidado. Yo te juro
Que no hay ningún peligro para Juana.

Luisa.
Pues que tú lo aseguras, sin cuidado
Debo yo de quedar. No hablemos de elló.

Duque.
Por qué encuentro tan mústio y recatado
Tu rostro siempre vivo y siempre bello?

Luisa.
En efecto, tu baile me embaraza,
Y siento aquí (*señalando el corazón*) como
(algo de tristeza)
¿Tienes frecuentes fiestas en tu casa?

Duque.
El baile es el tributo á la belleza,
Y quise celebrar tu bienvenida.

Luisa.
Y yo contigo sola estar quisiera.

Duque.
Baile, vino y amor, esa es la vida.
Gocémosla sin fin, niña hechicera.

Luisa.
Me habituaré más tarde, si te agrada;

Mas nada de esto á la verdad me gusta:
Tanta dama tan poco recatada;
Y su modo de obrar hasta me asusta.
¡Dices que es del gran tono la costumbre!

Duque.

¿Y á tí te causa miedo?

Luisa.

Yo no digo
Que me cause temor; sí, pesadumbre;
¡Miedo por qué tener si estoy contigo?

Duque.

¡Ese modo de ser me maravilla!
Si es tanta tu aversión á las mujeres
¡Qué piensas de los hombres? Dí, chiquilla.

Luisa.

Que los hombres me gustan. Si tú quieres,
Encuentro alguno que otro impertinente;
Mas en lo general es su llaneza
Digna y sin grosería, no inconveniente,
Y como tú, revelan su nobleza,
Y es su modo de obrar cual es el tuyo.
Me hablaban con respeto y con aprecio;
Y no así á las demás. Quizá mi orgullo
Vé respeto hacia mí y á ellas desprecio.

Duque.

Igual á tu belleza es tu talento.

Seré, Luisa, feliz si tú me amas.

Luisa.

Sí; mucho te amaré, si estás contento
Sin tus bailes, tus fiestas y tus damas.
Los usos de la corte no conozco;
Mas no creí encontrar en la nobleza
Damas que miran con mirar tan hosco,
Que más parece envidia que grandeza.
Yo para comparar tengo un modelo.

Duque.

Y ese bello modelo eres tú misma,
Que me hace ver á Dios en ese cielo
Al través de tus ojos como un prisma.

Luisa.

Cállate, no interrumpas ó me callo,
Y no conversaremos como quieres.

Duque.

Es que busco un modelo y no le hallo
Más bonito entre todas las mujeres.

Luisa.

¡Vamos otro! ¿Te callas? O no sigo.

Duque.

Pues escoge el modelo que te cuadre,
Igual no será nunca al que es conmigo.

Luisa.

Ese lindo modelo está en mi madre,

Ni una debilidad jamás he visto
 En su carácter grande y elevado,
 Dios ese corazón tiene provisto
 De cuanto noble y digno hubo creado.
 Y à vivir con nosotros vendrá ella.
 Y tú te enmendarás. . . . y ella indulgente
 Contigo hará cesar toda querella.
 Y yo todos los días en tu frente
 Dejaré, como hoy, un tierno beso.

(Le besa y se arroja á su cuello.)

¿Es verdad que lo harás? ¡Oh, sí, amor mío!

Duque.
 ¿Has perdido sin duda, Luisa, el seso,
 Para que quepa en tí tal desvarío?
 ¿Cómo creer que se vendrá contigo
 Tu madre de un carácter elevado,
 Después que la dejaste, y que conmigo
 Te viniste á vivir?

Luisa.

¡Ay! He faltado
 En verdad de mi madre á la advertencia,
 Cuando verte y hablarte me impedía.
 Y tal era el terror de su conciencia,
 Cuando la última vez me despedía
 Para volver á entrar en el convento,
 Que me dijo entre llanto y entre quejas:

“El temor de perderte en mi alma siento,
 Miedo si estás conmigo ó si te alejas.”

Duque.

Si hasta verme y hablarme prohibido
 Te fué por tu mamá ¿crees consintiera
 En olvidar ese odio merecido
 Que le debo inspirar, y conviniera
 En lo que no conviene madre alguna?
 Vamos, niña, dejad ese capricho
 Y dejemos obrar á la fortuna.

Luisa.

Que no te odia mi madre te he ya dicho,
 Y si pides perdón, ella sin duda
 Perdón por mi cariño te concede,
 Y para conseguirlo iré en tu ayuda,
 Quedándome contigo, si no accede.

Duque.

Niña, niña ¡por Dios! en tu inocencia
 De asuntos no has de hablar que no conoces,
 Deja del porvenir á la experiencia
 El darnos ó quitarnos nuestros goces.

Luisa.

Y bien, aguardaré si lo deseas,
 Sin que pierda por esto mi constancia,
 Dices que soy muy niña; mas no creas
 Que no entiendo de asuntos de importancia.

Duque.
Muy bien dicho, mi linda bachillera;
Mas al baile volvamos un momento.

Luisa.
No, no vuelvas al baile... Yo quisiera
Ir á mi cama ya. Vamos adentro.

Duque.
Vamos, pues, á acostar linda sirena.

Luisa.
Para acostarme sola tengo miedo,
Y que dejes el baile me dá pena.

Duque.
Para dicha mayor contigo quedo.

Escena VIII.

Dichos y Enriqueta.

(Al abrir el Duque la puerta para entrar,
Enriqueta le asesta una puñalada que Lui-
sa evita interponiéndose, y Enriqueta deja
caer el puñal al conocer al Duque.)

Luisa.
Yo la culpable soy, hiero mi pecho.
Si eres mi madre tú, él es mi padre,
Y como tú también tiene derecho.

Enriqueta.
¡Horror! ¡Horror!

Duque.

¡Su madre.....! ¡ella su madre!

Luisa (al Duque)
Perdónala, amor mío, ella te adora,
Su corazón conozco. Fué impelida,
Por su celo imprudente. Ved que llora,
De su terrible intento arrepentida.

(El Duque se acerca á una mesa, toca
una campanilla y dirigiéndose al mayordo-
mo que entra, le dice:)

Haced venir á todos mis amigos,
A mis amigos, ¿comprendéis?
(Sale el criado y hablando el Duque
consigo mismo, exclama:)

Malvado
He sido yo hasta aquí. Sean testigos
Como repara un noble su pecado....
La mano poderosa del destino
No en mi pecho extinguió la virtud que arde,
Pude pasar muy bien por libertino,
Mas jamás por la infamia de un cobarde.

(Mientras el Duque habla, Luisa, sin comprender lo que dice, se va acercando asustada á Enriqueta como para protegerla, y los nobles convidados van entrando y colocándose enfrente.)

Dispensadme, mis nobles caballeros,
Os invité á pasar noche de orgía;
Y ahora con dolor voy á exponeros
Asunto relativo á la honra mia.
Una mujer amé, digna y virtuosa,
Que me entregó su vida y su hermosura.
Para gozar su amor la hice mi esposa,
Con la más vil y páfida impostura.
Supuesto sacerdote el nudo santo
Fingió que bendecía, y mi existencia
Corrió feliz, con engañoso encanto
Sofocando la voz de mi conciencia;
Mas al fin descubierta la impostura,
VÍ desaparecer mi dicha entera:
Una esposa engañada y siempre pura,
Y una hija cuyo amor mi gloria era.
La necia vanidad de mi nobleza,
Y el no hablar de un delito cometido,
Que mostrarán de mi alma la vileza,
Mi crimen reparar han impedido.
Un ángel de candor en mi conciencia
La noción del deber ha despertado,
Y el divino poder de su inocencia
Es más fuerte en mi alma que el pecado.

Hecha la confesión de mi delito,
A los grandes de España testimonio
Para esta noble dama solicito,
Que al unirse conmigo en matrimonio
Yo juro por mi honor y mi nobleza,
Que yo fuí criminal y ella inocente;
La honra para ella sea, la vileza
Solo alcance al delito y delicente).

(á Enriqueta, arrodillándose).

Fuí delincuente, criminal, impío;
Mas de rodillas tú perdón reclamó.
Perdona por tu amor.

Enriqueta.

¡Fernando mío!
¿Cómo no perdonarte si te amo?

Luisa.

¿Y por qué tú, mamá, perdón no pides,
Pues tu celo hace poco injustamente
Obró contra nosotros? No lo olvides.

Duque.

Oh mi ángel de candor, niña inocente,
Perdona tú á mamá con un abrazo.
La puerta del perdón está ya abierta.

(volviéndose á los nobles).

Tejeremos mañana el nupcial lazo
Del Duque y la Duquesa de Caserta.
Al Rey referiré mi historia toda,
Y su permiso me será otorgado.
Y espero todos honraréis mi boda.

(Los nobles se inclinan).

Mas me había, señores, olvidado,
Que el baile os habrá abierto el apetito.
Al comedor pasémos. Arreglados
Están ya los manjares. Necesito
Que hombres solos seais los convidados.

(Toca la campanilla, y señala al mayordomo
que entra, los grupos de máscaras que se
ven á lo lejos en el jardín).

Arrojad y pagad esas mujeres.

(á los convidados).

Dispensadme, señores, que esto exija,
Que haber no puede impúdicos placeres
En donde habitan mi mujer y mi hija.

FIN.

